

Un cuento y... ¡felicices sueños!



Un cuento y...
¡felicidades sueños!

Nuna y la Luna: © Lorenzo Silva y Violeta Monreal
Tierra de Gigantes: © Esteban Martín y Mercè Arànega
El cole de Nubidú: © Fernando Lalana y Ana Guerrero
Mi abuelo es una estrella: © Sacha Azcona y Joan Subirana (Subi)
Una tía para Peque: © Gabriela Keselman y Anne Decis
Los tres camellos magos: © Julia San Miguel y Arancha Perpiñán
Los piratas no se hacen pis en la cama: © Paula Merlán y Nacho Gómez
¡Cecilio tiene gafas!: © Sacha Azcona y José Luis Navarro
Marisa y la pelusa: © Fernando Lalana y Claudia Ranucci

Ilustraciones de cubierta: Arancha Perpiñán,
Anne Decis y Ana Guerrero

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023

Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Edición: Cristina González

Diseño: Óscar Muínelo

Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-4019-7

Depósito legal: M-22866-2023

Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.



Un cuento y... ¡felices sueños!





Nuna y la Luna



CUENTO: LORENZO SILVA
DIBUJOS: VIOLETA MONREAL

Esta es la historia de una niña
que se llama Nuria.

Un día, Nuria se inventó otro nombre,
por el que le gusta que la llamen y por
el que también ella se llama muchas veces.
Por eso, Nuria también se llama Nuna,
que es el nombre que ella se puso.

Y en adelante, así es como la llamaremos.

Nuna es una niña de grandes ojos oscuros.
Con ellos lo mira todo, y lo que más
le gusta mirar, desde pequeña, es la Luna,
cuando brilla por la noche en el cielo,
blanca y redonda.



La Luna también brilla sobre el mar,
o sobre el agua de los lagos o las piscinas.

Una noche, Nuna la vio ahí,
tiritando en el agua de una piscina,
y le dijo a su padre:

—Papá, tiene frío, vamos a rescatarla.

Su padre le explicó que no había
una Luna en el agua de la piscina.
Que era la misma Luna que estaba arriba,
en el cielo, y que se miraba en la piscina
como en un espejo. Y que no tenía frío,
sino que le gustaba reflejarse y que Nuna
pudiera verla.



Nuna miraba y volvía a mirar la Luna, todas las noches, y enseguida se dio cuenta de que no era siempre igual.

Para empezar, no siempre era blanca y brillante.

Había noches que la Luna, cuando asomaba por encima del horizonte, se veía enorme y de color amarillo, como si quisiera parecerse al Sol que poco antes se había ido a dormir.

Otra vez, muy sorprendida, Nuna vio que la Luna se veía casi de color rojo, como si quisiera parecerse a un tomate.



Su madre le explicó que la luz de la Luna en realidad venía del Sol, aunque de noche no pudiera verlo, y que igual que el Sol se veía a veces amarillo, y a veces naranja o rojizo, la Luna que recibía su luz también podía tener todos esos colores.

Otra cosa que descubrió Nuna fue que la Luna no estaba siempre igual de grande y de redonda.

Al principio, cuando se dio cuenta, se asustó y se preocupó mucho por la Luna.

